

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecían, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrión*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!



## VI

## HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa-Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guanajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y

se emprendieron trabajos de fortificación en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, sabiéndose que Taylor se había movido hacia el Saltillo y que con nuevas fuerzas intentaba avanzar al Interior de la República.

Una de las necesidades más urgentes era la de procurar armamento y artillería al ejército, y aunque se hicieron algunas remisiones, éstas fueron insuficientes.

La desnudez en que venían los reemplazos y fuerzas Auxiliares de los Estados urgía también que se procurase su equipo, avanzando el invierno que sería más crudo mientras más al Norte se dirigieran las tropas. Con tal objeto se establecieron algunos talleres para proveerlas de vestuario y equipo.

Esta dedicación de Santa-Ana á la reorganización del Ejército, dice un cronista de la época, habría sido su página más gloriosa si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de General en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía junta de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa Ana tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolo en un brillante pie de lujo, cuando á muchos les

faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al General en jefe.

El regimiento de Húsares, por ejemplo, con su alta paga y numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza refundieron en él varios piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el último pronunciamiento. De esto resultó que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

Una de las faltas más graves que cometió el general Santa Ana originada por su orgullo y ofuscación, fué mandar una división á Tula de Tamaulipas para que permaneciese en la Sierra en observación del enemigo, al mando del general Gabriel Valencia, que como hemos dicho, acababa de llegar con las fuerzas del Estado de Guanajuato. Las que marcharon á Tula ascendían á 2000 hombres, con tres cañones de á ocho.

Después de haberse situado esta fuerza en la sierra, se supo que iba á pasar una división americana al mando del general Quittman, procedente de Monterrey, rumbo á Tampico, donde debía embarcarse para unirse al ejército del general Scott, quien debía atacar Veracruz.

Ninguna oportunidad mejor que aquella para acometer entre las abruptosidades y vertientes de la sierra á los americanos, cuya marcha, según los habitantes de aquellas montañas, era desordenada y penosa. Además, los vecinos de Victoria y otros puntos ofrecieron ayudar á nuestras tropas, cayendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo en el momento en que se le

atacara, ó rodándole rocas desde las alturas, cuando estuviese en el fondo de los barrancos.

El general Valencia aceptó aquellos ofrecimientos, disponiéndose para el combate, pero he aquí que recibe una orden absoluta y terminante del General en jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que emprendiese lance de armas de ninguna especie.

Esto produjo profundo disgusto, indignación y amargura en oficiales y tropa, quienes veían escapárseles el enemigo, cuando lo tenían tan á la mano para destruirle ó siquiera para darle un buen golpe, con cuyo triunfo se habría levantado altamente la moral de todo el ejército.

Pero no; los americanos pasaron tranquilamente, atravesando la abrupta Sierra — donde podrían haber quedado todos — sin ser molestados en lo más mínimo!

En los pueblos hubo tristeza y desaliento, quedando acaso en la creencia de que no se había atacado á los invasores por puro miedo!

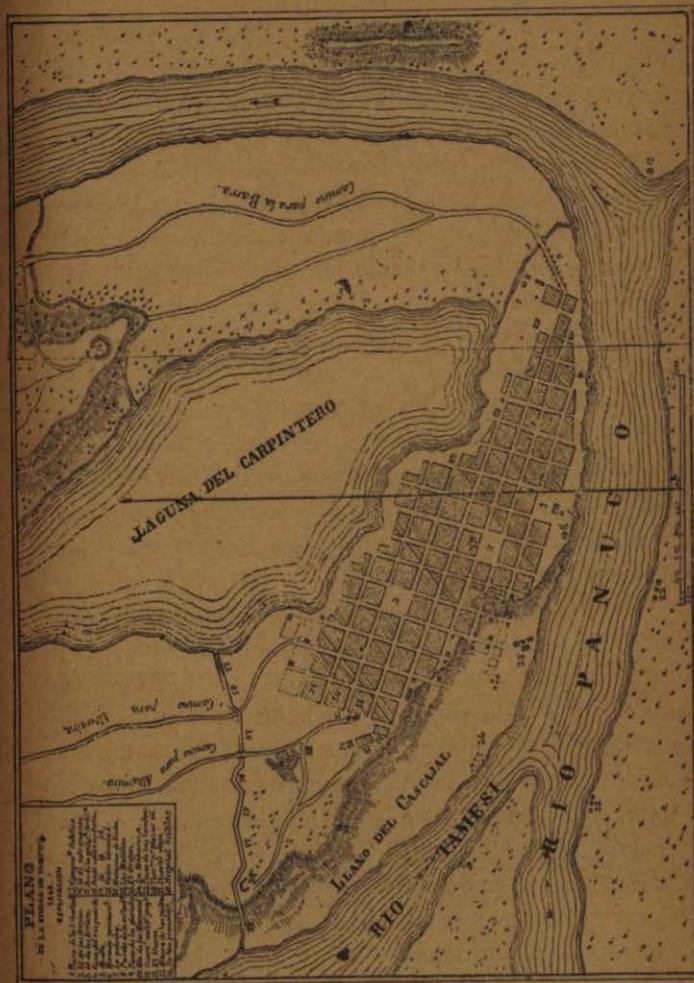
Y, en efecto, este hecho causa pena y cólera sólo referirlo; es inconcebible. ¿Qué objeto tuvo entonces el general Santa Ana; qué se propuso al mandar una División hasta la sierra, si no había de hostilizar al enemigo? ¿Por qué en ningún caso se le había de atacar, cuando tantas ocasiones tenían que presentarse, y se presentaron, sin duda, para hacerlo con ventaja de nuestra parte?

¡Hay que creer que el general Santa Ana no quería dejar á otro jefe la gloria de adquirir un triunfo! exclama un historiador.

¡Consignemos ahora otro hecho escandaloso: el abandono de Tampico!

Desde el principio de la guerra se atendió á for-

tificar y municionar convenientemente un puerto de



Plano de Tampico, 1846.

tanta importancia, y á principios de Octubre de 1846

la guarnición de esa plaza se componía de más de 1000 hombres de los batallones 12° de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía veterana del mismo, una compañía del 6°; caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del puerto que la escuadra bloqueadora había hecho en Junio del mismo año. Se contaba, además, con tres buques de guerra, la *Unión*, *Poblana* y *Queretana*, y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

El Gobernador de la plaza, Don Anastasio Parrodi, recibió orden de Santa Ana de evacuarla, destruyendo las fortificaciones, y de retirarse con sus tropas, artillería y trenes, á Tula de Tamaulipas.

Esta orden causó un disgusto general en la ciudad y en la guarnición. ¡Cómo! Se iba á abandonar un puerto que con tantos esfuerzos se había puesto en regular estado de defensa, y eso precisamente en los momentos en que el enemigo cambiaba el teatro de sus operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente?...

En efecto, el general Scott había propuesto al gobierno de los Estados Unidos un nuevo plan de campaña por el cual debería llevarse la guerra al interior de la República Mexicana, apoderándose de Veracruz, para ir desde allí sobre la capital. Para esto era necesario, primero: tener un buen puerto en el Golfo, cercano al Norte, como base de operaciones; y nada más á propósito ni en mejores circunstancias para ello que Tampico.

Y en estas condiciones, cuando más urgente era disputarlo al Invasor, dilatando la campaña y haciéndole costar caro sus triunfos, ya que éstos tenían que ser irremisibles, dada la incontestable superioridad de los elementos de guerra con que contaba aquél; precisamente en aquellos momentos se abandonaba el precioso Tampico!

La prueba de la gran importancia estratégica que tenía para el enemigo, era que éste, creyendo encontrar, como debía ser, una gran resistencia, hacía aprestos bastante serios en Antón Lizardo, bajo la dirección del Comodoro Connor, para atacar el puerto.

El general Parrodi, no obstante las observaciones que le hicieron personas notables de la ciudad y algunos Cónsules extranjeros, sobre los perjuicios enormes que resultarían á la Nación abandonando punto tan necesario para su defensa, tuvo que obedecer, apremiado por Santa Ana, quien le llegó á amenazar si no ejecutaba la orden.

Esta se obedeció el 27 de Octubre, con el mayor atropello y la más lamentable confusión. En los preparativos de aquella fatal marcha se demolieron todos los puntos artillados de la barra, y se desmontaron los cañones. Para la conducción del parque y trenes se consiguieron sólo 300 mulas, y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros de tanta importancia como vestuario y equipo, y aun parque y armamento, se arrojaron en el mar, á la vista del pueblo!

Entonces estalló la indignación general, corriendo la voz de ¡traición! por toda la ciudad hasta el Ejército, y propagándose luego, cundió por toda la República, abatiendo los ánimos y entenebreciendo todas las con-

ciencias! ¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del Ejército habían vendido á la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla?...

¡Así fué cómo las fuerzas americanas tomaron pacífica posesión de un puerto que creían obtener sólo á costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quitman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este puerto para cooperar á las maniobras del ejército americano que habria de entrar por Veracruz.

Entonces fué cuando Santa Ana, creyendo que su adversario le iba á amenazar por el flanco derecho, envió á Tula de Tamaulipas la división que puso á las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas saludado con un solo tiro!

Mientras acaecían estos sucesos, el Ejército se reorganizaba lentamente en San Luis, preparando su marcha hacia el Norte, para ir á batir al general Taylor que seguía en el Saltillo.

Entretanto en México reinaba la mayor efervescencia, culpando la inacción de nuestras tropas (si es que todavía podían llamarse así) y la prensa, sobre todo, procaz, murmuradora, ignorante, sin estudiar la marcha de los sucesos ni atender al estado del ejército, sin prever las consecuencias de sus impropiedades, pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á sus delicias, dilapidando los tesoros del país. Cuando más se necesitaba de alentar nuestros

pobres soldados que, si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa y que se preparaban á combatir con tantas desventajas, se les desmoralizaba con aquellos escritos que ponían en su contra la opinión pública, — como observa muy bien un oficial de artillería que se encontraba en aquel maltratado ejército.

« Llegó por fin á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar. « *No se hacía caso de que se careciera de objetos importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero! Se quería abordar al enemigo, y que, vencidos ó vencedores, se manifestaran á la Nación, derramando abundantemente la sangre; que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban!* »

Así se expresa en su indignación el digno militar de que hablábamos, concentrando en esa frase el sentimiento general de aquel Ejército.

Sin embargo, nosotros creemos que el general Santa Ana no debió haberse precipitado á una marcha larga y penosísima, á través de comarcas desiertas, en pleno invierno, con tropas sin abrigos ni víveres, faltas de instrucción, levantadas en su mayor parte á última hora, compuestas de reclutas que no habían disparado nunca un fusil, yendo á provocar una batalla en tan funestas condiciones. Debía haber esperado que sus fuerzas adquiriesen solidez con mayor suma de instrucción y disciplina, acopiando mientras tanto los víveres necesarios para que no llegara el ejército moribundo de hambre y fatiga al combate, como llegó.

Nada pudo contener al general en jefe y éste dispuso al fin la marcha que se empezó á ejecutar el día 28 de Enero de 1847, por brigadas de Infantería, pues la caballería se encontraba fuera de San Luis, escalonada

en cuatro brigadas, á lo largo del camino del Saltillo.

La Infantería hizo jornadas al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solis y la Presa, encontrándose en Bocas y el Venado con las secciones de caballería en que venían los norteamericanos capturados por el general Miñón, al sorprender un destacamento. En Matehuala se reunió al ejército la división de Parrodi, procedente de Tampico y Tula, compuesta de 1000 hombres, entrando á formar parte de la 3ª Brigada de infantería á las órdenes del general Ortega. Se siguió caminando á la hacienda de Vanegas, las Ánimas y el Salado; la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose de antemano reunido al ejército las brigadas de Torrejón y Juvera que dejaron pasar por delante á la infantería, marchando desde entonces á retaguardia de ella. El frío, la lluvia, el norte y un sol terrible alternaban, causando enfermedades y muertes en comarcas en que no había habitaciones, árboles, víveres ni agua, y en que dormían á campo raso los soldados. Llegaron á la Encarnación las divisiones de infantería 1ª, 2ª y 3ª en los días 17, 18 y 19 de Febrero, y las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera el 20 y 21. En esta ya se encontraba el general Andrade con una brigada de caballería y una fuerza de presidiales.

Ya por entonces nuestras avanzadas se habían encontrado con el enemigo, verificándose algunos tiroteos. El ejército se concentró en la Encarnación con un efectivo de 14 000 hombres, habiendo dejado en el largo trayecto 4 000, de los que 1 000 habían muerto de frío ó de fatiga. ¡Era como si se hubiese dado ya terrible batalla!

Sin embargo, nuestras valientes tropas estaban dis-

puestas al combate: lo deseaban con vehemencia y manifestaron su entusiasmo aclamando con ardientes ¡vivas! á su general en jefe, cuando se presentó á caballo, pasándoles revista.

El día 21 á las doce del día salió todo el ejército de la Encarnación adelantándose Santa Ana con su Estado Mayor y toda la vanguardia compuesta de los cuerpos ligeros, escoltado el general por el Regimiento de Húsares, hasta el puerto del Carnero, después de haber pasado por el desfiladero de Piñones, acampando en ese punto aquellas tropas. Cerca de Piñones vivieron las demás del ejército.

El plan del general Santa Ana consistía en cortar del Saltillo al ejército de Taylor, al que creía en la Hacienda de Aguanueva, considerando que habría de defenderse en los puertos ó desfiladeros de aquellas comarcas. Le obligaría entonces Santa Ana á un combate ventajoso para éste, sitiándolo en sus atrinchamientos, — pues parte de la caballería, 1 200 hombres al mando de Miñón, se había desprendido de la columna mexicana para ir á situarse cerca de la retaguardia del ejército enemigo. — Pensaba el general sorprender de súbito sus posiciones atravesándolas á paso de carga, y pasado el último desfiladero oblicuar con toda la masa del ejército en una gran conversión á la izquierda, hacia la Hacienda de la Encantada, donde habría agua, abrigos y víveres. Contábase para todo esto con que Taylor ignorase el avance de todas las fuerzas mexicanas, pretendiendo haber enmascarado su marcha con la cortina que formaban ante las posiciones enemigas las partidas avanzadas del cuerpo de caballería que desde hacía tiempo permanecía en observación, al mando del general Urrea.

Frío y triste amaneció el día 22, en que comenzó el movimiento del ejército, preparado para entrar en combate, creyéndose que habrían de forzarse las posiciones enemigas en Aguanueva. Mas cuando la vanguardia llegó ante aquel punto se supo que el adversario se había movido de allí desde el día 21, en dirección del Saltillo, entregando la hacienda y su caserío á las llamas, destruyendo sus efectos, matando todos los animales y acabando con cuanto pudiera ser útil á su contrario.

Convencido al fin de su error el general Santa Ana, pero creyendo que el enemigo se retiraba con toda precipitación y en desorden, — acaso hasta con pánico, engañado sin duda nuestro General en jefe por los objetos de atalaje, artillería y trenes que abandonaba en el camino, — hizo avanzar á toda brida la caballería para reunirse á la vanguardia que formaban los Cuerpos Ligeros.

Todas estas fuerzas tan fatigadas y maltraídas, sedientas después de tan penosas jornadas, tuvieron que pasar ante al aguaje ¡ sin beber una gota de agua, impulsadas á paso veloz hacia el enemigo!

Por fin llegó nuestra Brigada Ligera ante las primeras abruptosidades del terreno, que, formando una serie de lomas, que encajonadas entre dos brazos paralelos de las vertientes de la sierra cortan casi perpendicularmente el camino de San Luis al Saltillo, forman el llamado « Puerto de la Angostura ».

Formidablemente acampado y fortificado, aprovechándose de lomas que constituían reductos naturales ante fosos que improvisaban pantanos profundos, en el fondo de ásperos barrancos, en batería sus numerosos y ligeros cañones cuyos fuegos cruzados debían batir

terriblemente el camino y sus flancos, — por los cuales tendría que llevarse indefectiblemente el asalto de nuestras columnas, — apoyada su retaguardia en la hacienda de Buenavista, encontrábase el Ejército norteamericano, dispuesto á la batalla.

¡ Hé aquí que cuando el general Santa Ana, ofuscado como siempre por su abominable orgullo, creyéndose inspirado táctico, hé aquí que cuando daba por seguro su triunfo, embistiendo al enemigo que suponía en retirada y desorganizado, lo encuentra, por el contrario, tras sólidas posiciones y capaz, no sólo de resistir sino de volver furiosamente sobre la división aislada que, separándose del resto del ejército mexicano, osaba ir á provocar el combate!





General Taylor,  
Jefe norteamericano del Ejército de Operaciones del Norte  
de la República Mexicana.

## VII

### BATALLA DE LA ANGOSTURA

Crítica era en verdad la situación del general Santa-  
Ana ante las posiciones enemigas que, como hemos  
dicho, formaban una serie de lomas tendidas parale-  
lamente de una y otra rama de la cordillera que en la  
Angostura se estrecha, constituyendo en conjunto todo  
un sistema de trincheras y baluartes naturales tras de  
los que se habían instalado las baterías americanas.  
Ante aquel ejército descansado y fuertemente defen-  
dido por el terreno se presentaba una división aislada,  
jadeante y fatigadísima, que acababa de hacer veinte  
leguas en menos de un día. ¡Si el general Taylor  
hubiese tenido conocimiento de estas circunstancias  
hubiera hecho bajar inmediatamente á todas sus  
reservas y habría barrido con aquella división aislada  
que, en su derrota, iría á chocar en desorden contra la  
gran columna de viaje, cuyos cuerpos marchaban á  
grandes distancias unos de otros, los que hubieran  
sido arrollados, produciéndose un gran desastre!

Acaso comprendió esto el General-presidente porque  
se aprestó á mandar un parlamentario al general

Taylor, intimando rendición, anunciándole que estaba cercado por 20 000 hombres y no podría evitar una derrota.

Mientras se enviaba la respuesta de tan ridícula intimación, el general mexicano reconocía el campo enemigo, fuera del alcance de sus baterías. Los cuerpos del grueso del Ejército se formaban en línea de batalla á medida que iban llegando. Se estableció una batería sostenida por el Batallón de Ingenieros sobre nuestro flanco izquierdo, al que amagaba en la derecha del adversario otra batería enemiga. En nuestro centro y derecha situáronse otras dos baterías de á doce y de á ocho. La infantería se tendió en dos líneas paralelas y en la retaguardia, á derecha é izquierda, quedó la caballería del general Juvera y el cuerpo de Húsares; en el centro el Parque General, escoltado por la brigada de los Cuerpos presidiales del Norte.

El enemigo había elegido como punto principal de su defensa la loma más alta de las que atraviesan perpendicularmente la carretera del Saltillo, construyendo en la noche del 21 dos parapetos con sus fosos, y además había cavado otras varias cortaduras sobre el camino y sobre su derecha — alta é inexpugnable.

En la mañana del 22 supo el general Wool, — quien mandaba las tropas americanas, que de Aguanueva se habían retirado á Buenavista, — el avance del ejército mexicano. Entonces aquél hizo mover sus fuerzas á la Angostura para allí detener las nuestras, enviando aviso de esto al general Taylor que se encontraba en el Saltillo, ordenando el jefe americano la defensa de esta plaza amagada por la caballería del general Miñón, quien, como ya explicamos, se había separado de la columna mexicana para ir á colocarse á reta-

guardia del adversario, sobre la que debía obrar en el momento oportuno.

Éste había colocado una gran batería sobre la más alta de las lomas, á su derecha, enfilando el camino. Los Regimientos 1º y 2º de Illinois, de á ocho compañías; el segundo Regimiento de Kentucky y una compañía de Voluntarios Texanos se situaron en las crestas de las lomas del centro y la izquierda. Los Regimientos de caballería de Arkansas y Kentucky formaron la extrema izquierda americana; la Brigada de Indiana compuesta de los Regimientos 2º y 3º, los Rifleros del Mississipi y los escuadrones 1º y 2º con las baterías ligeras del 3º de artillería, integraron su reserva, tras las eminencias de la derecha que eran las más altas y estaban defendidas por barrancos en los que el agua de los torrentes filtrándose en el suelo había producido un terreno intransitable constituyendo magnífica defensa. Así pues el americano tenía la derecha inexpugnable, colocando en los altos relieves lo mejor de su artillería, y todo el resto de su ejército sobre las lomas de la izquierda que era el flanco más débil. Entre ella y Buenavista el Cuartel General de Taylor. Buen orden de batalla.

Santa Ana tendió su ejército sobre la derecha del camino, frente á la izquierda enemiga. El plan del general mexicano consistía en apoderarse de un alto cerro en el extremo izquierdo americano, y desde su cima poder batir sus posiciones para descender luego sobre la retaguardia de aquella ala.

Desde luego comprendió Santa Ana que su contrario había descuidado ocupar la mencionada altura, por la cual podía ser batido y volteado, y la que además

podía servirle para ejecutar esto mismo con las líneas mexicanas, cortándoles la retirada.

Al efecto, antes de que el enemigo comprendiese su error y ocupara el cerro, se mandó á la Brigada Ligera, al mando del general Ampudia, que lo ejecutase; pero en ese mismo momento nuestro adversario mandaba á sus cuerpos de Rifleros con igual objeto. Por ambas partes los beligerantes comprendieron que la posición sería del que primero llegase á la cima: así pues se dieron prisa para lograrlo, y á paso veloz ascendieron por uno y otro lado á la codiciada altura.

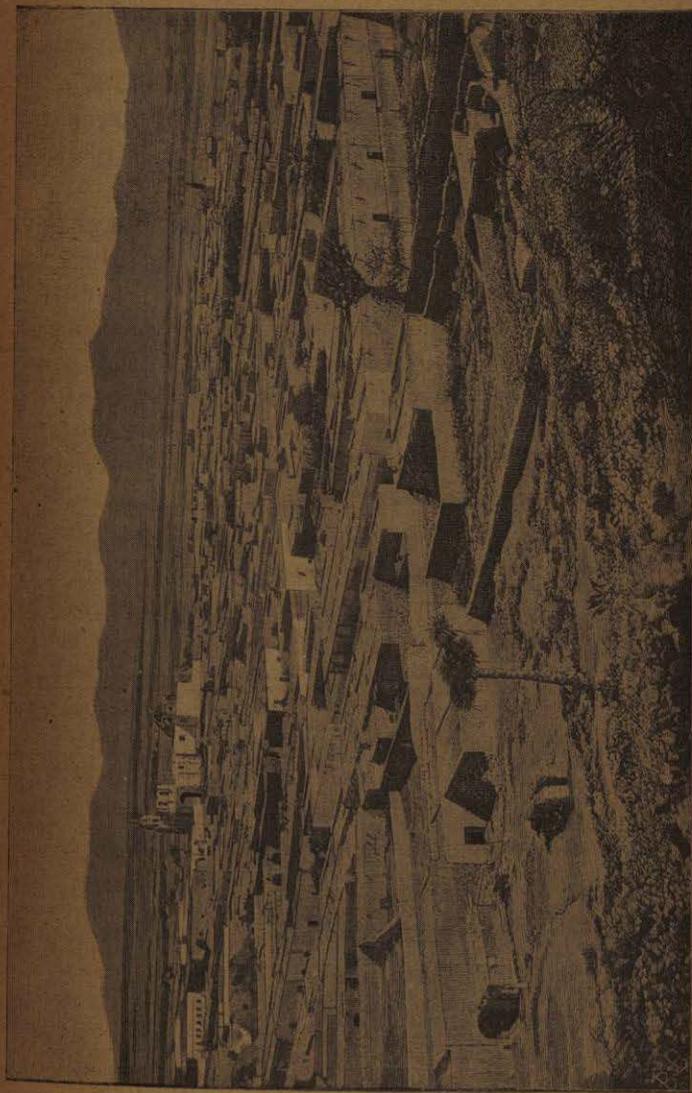
Hubo que disputársela con un fuego vivísimo que se entabló á la vista de ambos ejércitos. El combate estuvo indeciso por mucho tiempo; pero no obstante los refuerzos que llegaron á los asaltantes americanos, éstos tuvieron que abandonar la posición, batiéndose en retirada hacia sus líneas, tras de las altas lomas.

... Moría la tarde en las tinieblas, cuando una inmensa aclamación de júbilo estalló unánime en el ejército mexicano, saludando la alegre diana con que anunció un clarín el triunfo de la Brigada Ligera que se había apoderado del cerro!...

En ese combate se distinguieron por su bravura los capitanes Márquez (Leonardo) y Osollo, de infausta memoria.

Durante la noche, con un frío espantoso, los dos contendientes sin luces ni fogatas guardaron un silencio augusto, precursor del formidable estruendo de la próxima batalla.

El general Taylor volvió al Saltillo para organizar la defensa de la ciudad, y llevar los últimos refuerzos á



Vista del Saltillo.

sus líneas en la Angostura. Santa Ana por su parte, se ocupó en reforzar y extender su derecha, amagando la izquierda del Invasor.

Nuestro ejército constaba al entrar en acción la víspera, de poco más de 9,000 hombres de infantería y 3,000 caballos, apoyado apenas por cinco cañones de á ocho, cinco de á doce y un obús corto de cinco pulgadas. Diecisiete cañones de gran calibre había también, pero eran de sitio y plaza, y no podían ser utilizados sino en muy determinados puntos del campo de batalla.

El ejército del Norte era inferior en número, pues alcanzaba unos 7,000 hombres; pero superior en artillería, en cantidad y calidad de piezas, contando con 26 de diversos calibres, perfectamente servidas por artilleros ejercitados en el fuego y oficiales inteligentes y prácticos. Agréguese á esto que sus soldados se hallaban descansados, y que su posición sobre las lomas dominantes, ante terrenos escabrosos, triplicaba su número; y se comprenderá la inmensa ventaja que tenía sobre los nuestros.

..

Poco antes de romper el alba, principió furiosamente la batalla en el extremo derecho de la línea mexicana. Las columnas de este flanco al mando del general Ampudia, trataron de desalojar á los americanos de sus posiciones en su extrema izquierda, sobre la falda del cerro (véase el croquis), cuya cima habían ganado nuestras tropas el día anterior.

Comprendiendo Taylor la importancia de sostener fuertemente su izquierda, mandó reforzarla con nuevas tropas, haciendo avanzar diversas líneas en un orden escalonado, rebasando su derecha, la cual como sabemos era inexpugnable.

Mientras se encarnizaba el combate en el extremo oriental, y las tropas mexicanas iban ganando terreno, sostenidas por una batería de cinco piezas de á ocho, (en el punto G) al mando del general Micheltorena, Santa Ana organizó un ataque sobre el centro de Taylor con dos divisiones, formando dos columnas que avanzaron denodadamente, con el arma al brazo, por la derecha del camino, recibiendo terrible fuego de artillería del frente enemigo. Pero no obstante los estragos que ella causaba en nuestras filas, las columnas siguieron adelante, forzando el paso de las barrancas (E. E.) donde arrollaron los destacamentos que los defendían. En seguida ascendieron á la loma que se hallaba ante otra mayor que ocupaban los americanos, y, desplegando en batalla, rompieron su fuego sobre las posiciones contrarias, al que éstas contestaron con su potente artillería.

Al efectuarse este ataque en el centro, avanzaba por el camino otra columna de nuestra izquierda (H.), batida horrorosamente por los cañones contrarios que barrían filas enteras; sin embargo, también pudo coronar una loma á la derecha, generalizando de este modo el fuego en todo el frente de batalla.

Esta permanecía indecisa en el plan occidental y centro, donde las columnas oscilaban, ganando ó perdiendo terreno; pero en la derecha, la división de Ampudia había obtenido serias ventajas, haciendo retroceder los cuerpos de Rifleros que se oponían á

aquella. Entonces el general Taylor, comprendiendo el inminente peligro que corría su ejército si se arrollaba su izquierda, y tratando á su vez de envolver nuestra derecha, organizó otra fuerte columna (F.), que lanzó hacia la derecha de Santa Ana; pero en estos momentos la Brigada Ligera bajó del cerro (A.), desplegando en la falda (J.) sobre el flanco de la columna enemiga contra la cual avanzaban también fuerzas frescas enviadas por el jefe mexicano para sostener la lucha. Las tropas del adversario se encontraron batidas á su frente y flanco izquierdo, y no pudiendo extenderse, hicieron alto para resistir los impetuosos asaltos de nuestros infantes.

No duró mucho tiempo la resistencia de las norteamericanas columnas, pues los soldados mexicanos cargaron sobre ellas á la bayoneta con un brío digno de la causa que defendían!... El furor de los nuestros no tuvo límites: herían sin misericordia, atravesando vientres y pechos de enemigos invasores, algunos de los cuales en vano mostraban sus rosarios, después de arrojar las armas, gritando que eran católicos, ó cayendo de rodillas ante nuestros oficiales: ¡pedían gracia de vida! ¡Fué un momento de desquite y venganza! ¡Un hermoso instante!

Entonces vaciló toda la línea contraria atacada en su frente y rebasada en su ala izquierda, teniendo que replegarse á retaguardia, tras de las lomas que primero ocupaba (L. L.).

La Brigada Ligera, cuya misión debía haber sido batir el flanco oriental de Taylor, cooperando al ataque de frente, arrastrada por el entusiasmo de su triunfo, después de haber puesto en fuga á las tropas de la columna norteamericana, avanzó rápidamente

á su vanguardia, rebasando las líneas de su contrario, y fué á caer á su extrema retaguardia sobre la hacienda de Buenavista (M.), donde se le hizo terrible resistencia que no se pudo vencer por falta de artillería. Y, viéndose amenazada por las tropas de reserva del jefe americano, tuvo que volver, con grandes dificultades y bajas numerosas, á sus posiciones, después de tan gloriosa tentativa. Tras esta brigada había seguido parte de nuestra caballería de la derecha, la que tuvo un terrible choque con toda la americana de reserva, en combinación con una brigada de su infantería, derrotando la nuestra á la primera, á la cual rechazó con grandes pérdidas, siguiendo luego su marcha contra la hacienda de Buenavista.

Si en esta empresa hubiesen ayudado los escuadrones del general Miñón que debían estar en algún punto cercano, se habría tomado la Hacienda y caído luego sobre la espalda del enemigo, precipitando su derrota. Pero aquella caballería de refresco, aquella caballería salvadora que era el triunfo seguro y completo de las armas mexicanas, no estaba próxima, como era su deber; no sabemos aún si por ineptitud, envidia ó cobardía de su jefe, el general Miñón.

Pero en el terrible combate que sostuvo la Sección del general Juvera con los jinetes americanos que la recibieron á veinte pasos con una descarga de fuego de pistola, tras dura refriega al arma blanca, una parte del regimiento de Coraceros cargó con tal brío al frente de su comandante Francisco Güitán, que se confundió con el enemigo, en cuya masa se abrió paso bravamente, yendo á aparecer al otro extremo del campo, separada del resto de sus escuadrones, y siendo perse-

guida por fuerzas superiores, tomó el rumbo del Saltillo, y en mucho tiempo no pudo volver al campo sino después de orientarse en la Sierra.

En esa lid de caballería en que se desplegó gran valor por ambas partes, murieron varios oficiales y jefes beligerantes.

La caballería que por nuestra izquierda avanzó por el camino del Saltillo, después de haber sufrido los fuegos de la batería (Y.), situada en la derecha americana, también se adelanta con denuedo hasta Buenavista; pero allí las reservas americanas en número superior, hacen inútil este otro esfuerzo aislado, teniendo que regresar aquellos dragones, rodeando el cerro de la izquierda mexicana, por no poder atravesar de nuevo las líneas del Invasor cuyos fuegos han diezmado tan valientes tropas.

En tanto que se verificaban estas acciones, nuestras fuerzas que atacaban al frente habían seguido avanzando con ímpetu, tomando loma tras loma y haciendo cejar al adversario que iba abandonando sus primeras posiciones y que llegó á presentir su completa derrota cuando vió rechazada su izquierda y batido con tanta bizarría su frente.

Al ganar terreno nuestras columnas, Santa Ana hizo cambiar la batería del general Micheltorena hasta el centro de ataque (N.) dejando sin artillería la derecha donde aquélla había sido utilísima.

Observa con razón un jefe de artillería, que pudo haberse llevado la batería de á doce que jugaba en el centro, á retaguardia, al lugar que ahora ocupaba la de á ocho, situando ésta en la derecha de la línea de avance, para cruzar sus fuegos con la primera, tanto más cuanto que la batería de á doce apenas pudo

haber hecho algunos disparos durante la jornada, porque en su mal escogido emplazamiento la ofuscaban las elevaciones y asperezas del terreno.

Dos horas después de mediodía, los combates habían sido múltiples, se habían dado cargas tras cargas, y nuestras dos líneas de columnas del frente y la izquierda, habían conquistado loma tras loma, bajo el fuego de las baterías enemigas y de las compañías de infantería que las apoyaban, habiéndose desarrollado escenas épicas entre nuestras tropas y las contrarias, ya subiendo, ya bajando por las colinas, ó corriéndose los mexicanos asaltantes por el fondo de las torrenteras, para disputarse en la contienda que se multiplicaba en la sinuosa línea de la batalla, cañones y banderas!

Al regresar la caballería de nuestra derecha, después de sufrir trágicas aventuras en su regreso del ataque de Buenavista á través del campo enemigo, y luego que hubo llegado también nuestra infantería ligera rehaciéndose tras la línea de combate, hubo un momento de gran tregua entre los ejércitos beligerantes á causa de fuerte chubasco que se abatió sobre el campo de batalla.

Ante esta tregua, después de tanto derroche de valor y energías, el enemigo se rehizo; pero con el ánimo evidente de emprender la retirada con orden, dando sus disposiciones para que sus trenes de carros principiaran á moverse hacia el Norte, en tanto que el resto de las fuerzas que se habían empeñado en la lucha iríanse retirando escalonadamente, relevadas en parte por los cuerpos de Reserva.

Cuando terminó la lluvia, aclarándose bellamente la tarde, los beligerantes se aprestaron después de su actitud expectante y silenciosa, turbada sólo por alguno

que otro cañonazo de las baterías combatientes (la O. contra la Y.) á emprender de nuevo la lucha.

Entonces Santa Ana, viendo que el día terminaba y la batalla permanecía indecisa, faltó de conocimientos acerca de la actitud del adversario, intentó darle una embestida clásica, atacándole de frente con todas las fuerzas que trajo á su centro de derecha é izquierda, conduciéndolas él mismo, exponiéndose á caballo á la lluvia de balas, animando las tropas con gritos enérgicos y vibrantes á los que contestaban los batallones mexicanos con aclamaciones en que lanzaban ¡vivas! á su general y á la patria. Los americanos, al ver la aglomeración de fuerzas que sin duda debían caer sobre su centro, organizan á su vez rápidamente nuevas columnas que salen al encuentro de las nuestras, llevando aquéllas más de 3,000 hombres. Y entonces se traba una lucha encarnizadísima en las cimas y faldas de las lomas y en el fondo de los barrancos, sucediéndose al fuego de fusiles, pistolas y rifles el choque seco de las bayonetas y los sables, acompañado por el griterío estentóreo de los combatientes. ¡Nada más espantoso que esas luchas al arma blanca, cuerpo á cuerpo, á sangre y odio al final de una batalla!

Poco antes, un incidente estuvo á punto de introducir gran pánico en las reservas mexicanas. Nuestra retaguardia tenía á su izquierda la boca de una estrecha cañada (Q.) que rodeaba los cerros occidentales hasta desembocar á retaguardia de éstos en otra boca semejante (P.) Precisamente por esa curva y estrecha garganta que faldeaba aquellas eminencias encontró al fin paso la caballería mexicana que se había visto separada del resto de sus fuerzas después del ataque contra la hacienda de Buenavista.

Los exploradores mexicanos dieron aviso de la aproximación de una fuerte columna que debía desembocar á la entrada de la garganta (Q.). Nuestra izquierda se creyó perdida juzgándose asaltada de improviso sobre aquel flanco por fuerzas considerablemente superiores. Sin embargo, algunas piezas de la batería (O.) de la izquierda, se abocaron sobre la entrada del desfiladero, en tanto que el batallón que apoyaba aquella batería formó en orden de combate ante tan peligroso punto.

Nuestros coraceros fueron recibidos al pronto por los disparos de nuestra propia batería, lo que hizo detenerlos hasta que momentos después un oficial que destacaron, hizo comprender la verdad á los jefes, siendo saludados con muestras de alegría aquellos valientes jinetes cuyas lanzas de ennegrecidas puntas daban buena idea de lo que acababan de hacer allá en la retaguardia enemiga. El frente mexicano continuaba su avance á pesar del cansancio que abrumaba á las tropas que no habían probado un bocado y muchas de ellas no habían bebido ni un trago de agua desde la noche anterior; mas seguían combatiendo bizarramente hasta lograr éxitos magníficos en diversos puntos del campo de batalla.

Los varios cañones, carros y banderas que habían caído en poder de nuestras columnas y los prisioneros que los soldados respetaban, conducidos en grupos á retaguardia nuestra, y más que todo, el haber ocupado sucesivamente la primera y segunda línea de las lomas en que se parapetaba el americano, hicieron comprender á nuestro ejército que por fin había vencido.

Y en efecto, rechazado Taylor, envuelta y destrozada su izquierda, maltrechos su centro y reservas, habiendo

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería, hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Miñón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas...

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecendo* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...



## VIII

### DESPUÉS DE LA BATALLA

#### LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle enérgicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.